

*Historia de un quinto de 1813* de Erckmann-Chatrion en traducción de  
Manuel Azaña (Madrid, 1921)

Alicia Piquer Desvaux

En el largo apartado dedicado al Romanticismo entre 1843 y 1869 en la voluminosa e incomparable *Littérature française* de Claude Pichois (1979: 498), este al referirse a la obra conjunta de Émile Erckmann (Phalsbourg, 1822-Luneville, 1899) y Alexandre Chatrion (Abreschviller, 1826-Villemomble, 1890), expone los difíciles inicios de ambos en el mundo literario, para acabar subrayando cómo su continua e ingente dedicación a la literatura desde su apego a la tierra y sus posiciones políticas nacionalistas terminaría por obtener recompensa. De tal modo, añade Pichois, que su reputación no pararía de crecer por razones no solo literarias sino también de coyuntura política, narrando el periodo que se extiende desde 1775 hasta 1875 y construyendo lo que podríamos definir como una epopeya popular de Alsacia y Lorena.

Por su parte, el *Dictionnaire des littératures de langue française* de Beaumarchais, Couty y Rey (véase Pierrot 1984) sitúa con tino a estos dos loreneses y da detalles precisos de su colaboración literaria de más de cuarenta años, desde finales de los años 1840, cuando ambos se conocen, hasta 1889 en que esas cuatro décadas de amistad, colaboración constante y entendimiento político concluyen abruptamente en uno de los momentos más convulsos del París de la III República, dejándonos una descomunal y nada despreciable obra literaria: cuentos realistas y fantásticos, numerosas novelas históricas, obras de teatro y algunos ensayos políticos. Sabemos que el escritor es Erckmann, mientras que Chatrion es el divulgador en la prensa, el encargado de buscar editores y de adaptar determinadas obras al teatro. Pese al enorme éxito del que disfrutaron en vida, fueron tildados desdeñosamente por la crítica de escritores populares o para un público juvenil. Zola afirmaba en *Mes haines* (1866) que describían con minuciosidad y verosimilitud los detalles físicos y materiales, pero que la pintura del alma acababa resultando sistemáticamente suavizada hasta el punto de no ser creíble.

De entre sus novelas sobresale, sin duda alguna, *Le journal d'un conscrit de 1813*, que Erckmann-Chatrion, según la firma conjunta que impondrían ambos, publican en 1864. Cuando aparece esa novela se encuentran en el momento álgido de su dilatada carrera literaria y el momento sociopolítico de la Francia de la época podría

ayudarnos a entender el gran éxito de público que acompaña a la novela. Una serie de circunstancias coinciden en aquel momento para ello. Los primeros años de la década de 1860 son quizá los que reflejan el momento de mayor esplendor del II Imperio, pasada la difícil década de los 50, en que se muestra con toda su virulencia la oposición republicana tras el golpe de estado de Luis Napoleón el 2 de diciembre de 1851. En esos primeros años 60 coinciden un conjunto de circunstancias militares y políticas, y también económicas y culturales, que elevarán a la Francia de la época a sus cotas más altas. Será el momento de la expedición de México, con la influencia política y militar que dicho acontecimiento supone para el emperador y para la propia Francia, y ello a pesar del desastre final de esa campaña. Coinciden esos años también con la influencia francesa en los asuntos italianos y vaticanos, y la ampliación del llamado Segundo Imperio Colonial francés, que se extenderá sobre todo por África Occidental. Sin contar que en 1867 tiene lugar una nueva Exposición Internacional en París con todo lo que ello supone de propaganda política y cultural. Lo que propicia, con sus luces y sombras, que de algún modo la figura del «gran Napoleón» siga aún presente en el recuerdo de muchos franceses, sobre todo tras la emoción que supuso el retorno de sus cenizas a Francia veinte años antes.

Por eso no puede extrañar el enorme influjo que en ciertos ámbitos de la sociedad francesa seguía teniendo su figura y de ahí que se pueda entender el éxito que una obra como la *Histoire d'un conscrit de 1813* pudiera tener en determinados ambientes; y que explica también que al cabo de un año apareciera una continuación de dicha obra con el sugerente título de *Waterloo* (París, 1865). De algún modo, se puede conjeturar también que pudo influir en el éxito de ambas novelas el que sus autores procedieran de una región del nordeste, fronteriza con Alemania, en un momento en que ya empezaba a seguirse con inquietud en Francia el auge de Prusia, que desembocaría en la creación del Imperio germánico, con los resultados nefastos que ello supondría para Francia tras la guerra de 1870. Que dos hijos de esas tierras colindantes con Alemania relataran las aventuras y desventuras de un soldado lorenés reclutado en el ejército del emperador medio siglo antes, durante las últimas campañas napoleónicas tras el desastre de la de Rusia, no podía dejar de atraer a un buen número de lectores henchidos de patriotismo francés. Aunque no hay que dejarse engañar, pues al lado de esa exaltación de la epopeya napoleónica no falta en el libro una denuncia constante de la guerra, y más concretamente de las guerras napoleónicas ya desde sus primeras páginas: «El ejército está en Vilna o en Smolensk; acaban de decírmelo en casa del gobernador militar. Dios quiera que ganemos también esta vez y se haga la paz, cuanto antes mejor, porque la guerra es una cosa terrible» (Erckmann-Chatrion 1921: 16) se le oye decir a uno de los personajes. Y más tarde, el narrador, José el Cojo (Joseph le boiteux), no duda en hacer esta denuncia y condena la guerra sin paliativos:

Pero lo más triste de todo era la larga fila de carros donde se llevaban a los pobres heridos, esos infelices de quienes no se habla en los partes como no sea para disminuir su número, y que perecen en los hospitales como moscas, lejos de los suyos, mientras se

hacen salvas y se canta el *Te Deum* en señal de regocijo por haber quitado la vida a miles de hombres. (Erckmann-Chatrion 1921: 157)

Pero no faltará tampoco una crítica explícita a la política expansionista del emperador que va acompañada de un elogio de la Revolución de 1789, que sirve para poner de manifiesto las posiciones políticas de los autores de la novela:

Los que no has visto volver han muerto, como morirán aún centenares y centenares de miles, si Dios no se apiada de nosotros, porque el emperador no quiere más que guerras: Ha derramado ya más sangre para dar coronas a sus hermanos que nuestra gran Revolución para conquistar los derechos del hombre. (Erckmann-Chatrion 1921: 11)

Entre las dieciséis traducciones conocidas de Manuel Azaña destaca precisamente la que realizó de *Histoire d'un conscrit de 1813* (París, 1864), con el título de *Historia de un quinto de 1813*. Dicha traducción fue publicada en 1921 en Madrid por la Editorial Calpe. El historiador Santos Juliá (2008: 496) en su biografía del político y escritor alcaíno comenta al respecto, refiriéndose a la actividad traductora de Azaña por esa época, una carta de este con fecha 21 de septiembre de 1921 dirigida al que sería más tarde su cuñado, Cipriano Rivas Cherif, por cierto también traductor prolífico (véase Lafarga 2018), en la que se refiere a su dedicación a la traducción precisamente en el año en el que se publica su versión en castellano del libro de Erckmann-Chatrion. En ella el futuro presidente de la II República española da a entender irónicamente, junto a argumentos de más peso, que la llegada a la Dirección General de Registros, en la que trabajaba, de un nuevo director que exigía entrar a las 9 en punto de la mañana, le permitía tener tiempo de sobra para «hartarse de leer y quizá traducir si venía al caso» (Juliá 2008: 496).

Sea como fuere, en esos inicios de la década de 1920 Azaña empieza a dedicarse cada vez con más intensidad a traducir, sobre todo del francés, unas veces por el mero gusto literario de practicar la traducción y otras por encargo. Y entre esas primeras traducciones merece la pena destacar por muchas razones la novela de Erckmann-Chatrion. En cualquier caso, 1921 fue especialmente productivo para Azaña en lo que se refiere a su actividad como traductor, ya que en ese mismo año publicó la traducción de la novela que, como ya se ha comentado, constituiría la continuación de *Historia de un quinto de 1813*, es decir *Waterloo*, aparecida también en Calpe. Sin olvidar que ese mismo año publicó una nueva traducción de tema bélico situada en la Gran Guerra que acababa de concluir: *Los soldados de la guerra*. Gaspar de René Benjamin, cuyo original francés había aparecido en 1915, es decir en plena contienda, y había obtenido el premio Goncourt de ese año.

Pero volviendo a *Historia de un quinto de 1813*, hay que decir que se carece de datos exactos de las razones que llevaron a Azaña o a la editorial que le hizo el encargo a interesarse por la traducción de una obra que, en principio, si uno se aleja del contexto sociopolítico de la fecha de su publicación y del éxito puntual que la acompañó en aquel momento podría considerarse «menor». De hecho, no pocas cuestiones se

suscitan al respecto, sin que se sepa cómo responder a todos los interrogantes. Puede uno preguntarse, por ejemplo, si Azaña ya había comenzado esa traducción antes de la guerra, durante el tiempo que pasó en París en los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, como ocurrió con algunas otras de sus traducciones. O si más bien fue a partir de 1918 cuando se puso manos a la obra *motu proprio*. O se trató simplemente de un encargo editorial que pretendía aprovechar el rechazo al enfrentamiento bélico que empezó a hacerse cada vez más evidente cuando se fueron conociendo los «horrores de la guerra» que acababa de concluir. Resumiendo, ¿por qué el traductor Azaña, o en todo caso la editorial, había optado por un libro de hacía más de 50 años, referido a unas guerras lejanas, como podrían considerarse entonces las guerras napoleónicas, que podrían no interesar a lectores contemporáneos? Unos lectores en todo caso más impresionados por los sangrientos acontecimientos que acababan de tener lugar y que no habían dejado, en buena parte de Europa, más que rastros de desolación y muerte. Sin contar que ya existía una traducción previa de ese libro, llevada a cabo por el escritor y periodista valenciano afincado en Madrid Eduardo Zamora y Caballero (Librería de Alfonso Durán, 1868), siguiendo así algo que era corriente entonces en nuestro país: traducir casi inmediatamente después de su publicación obras extranjeras de gran éxito, sobre todo francesas. A esa traducción completa de Zamora y Caballero le seguiría por cierto otra parcial de 72 páginas, sin indicación de editorial ni nombre de traductor, publicada, sin fecha concreta, entre 1870 y 1880, y que se limita a recoger algunos de los pasajes de la novela que el traductor anónimo considera más significativos.

Cabe preguntarse por qué, si ya existía al menos una traducción completa de esa novela, Calpe encargó a Azaña otra traducción de la misma, a no ser que este ya tuviera preparada con antelación su versión y la editorial considerara que la nueva mejoraba la de hacía cincuenta años, como se hace patente al comparar ambas traducciones. Pues Azaña se esforzará en eliminar no pocas de las licencias del texto de Zamora y Caballero, muy influido por el estilo alambicado y excesivamente grandilocuente de sus propias novelas y cuentos, así como de sus obras dramáticas que tuvieron no poco éxito popular. Por ello la traducción de Azaña que trata de evitar cualquier exceso melodramático, gracias a una prosa que se esfuerza por ser objetiva y neutra, se sitúa muy cerca del texto original, aunque a menudo la prosa castellana de Azaña resulte demasiado comedida y excesivamente clásica y acabe alejándose del texto de Erckmann-Chatrion, en que ciertos excesos grandilocuentes y de exaltación militar aparecen con frecuencia. Sin contar que, por momentos, al traductor Azaña le falta encontrar ese estilo popular y cercano propio de la prosa del texto francés.

En cualquier caso, desde las primeras líneas del texto original, el ritmo y el modo de exponer la epopeya napoleónica por parte de los autores obliga al lector a establecer la comparación con otros ilustres modelos (Balzac, Hugo) que abordaron el tema con la misma intención crítica. La pregunta que cabe hacerse es si el traductor ha sabido captar el tono épico-popular, nos atrevemos a llamarlo así, tan propio de esa novela. Pues si es cierto que la traducción de Azaña es en principio impecable desde el punto de

vista meramente lingüístico, se echa en falta por momentos ese tono tan propio de sus autores. Es como si, a pesar de la rigurosa fidelidad del traductor al texto original, propio de la meticulosidad de un acta notarial, hubiera algo que al traductor se le escapara en ciertos momentos de la traducción y perdiera dramatismo e ironía:

Los que no han visto la gloria del emperador Napoleón en los años de 1810, 1811 y 1812, no sabrán nunca hasta qué grado de poder puede subir un hombre. Cuando atravesaba la Champaña, Lorena o Alsacia, la gente, en plena recolección o en mitad de la vendimia, lo abandonaba todo para correr a su encuentro; algunos acudían desde ocho o diez leguas; las mujeres, los niños, los ancianos le salían presurosos al camino, con las manos en alto y gritando: ¡Viva el emperador! ¡Viva el emperador! Cualquiera hubiese creído que era Dios, que infundía aliento al mundo, y que si por desdicha muriese, con él se acabaría todo. Algunos republicanos viejos que movían la cabeza con aire de incredulidad y se aventuraban a decir, entre dos copas de vino, que el emperador podía caer, eran tenidos por locos. El caso parecía contrario a la Naturaleza, y ni siquiera se pensaba en él. (Erckmann-Chatrion 1921: 7)

En cualquier caso, a partir de esa traducción de 1921, la *Historia de un quinto de 1813* publicada por Calpe conocerá nuevas ediciones hasta las últimas décadas del pasado siglo, como también sucede con *Waterloo*, vertida al castellano por el propio Azaña en ese mismo año 1921, como ya se ha dicho. Ambas traducciones tuvieron varias reediciones: la primera en 1949 y 1966 en Madrid, en la colección «Austral» de Espasa Calpe; y la segunda en Buenos Aires, en la misma colección, y en Barcelona, Sopena, 1960 y 1974 (Zarandona 2018: 367).

Pero junto a esas dos traducciones de Azaña, hay que tener en cuenta otras de diversas obras de Erckmann-Chatrion realizadas por diferentes traductores, sobresaliendo de manera especial *El amigo Fritz* (*L'ami Fritz*), que debió tener una buena acogida en nuestro país, ya que se cuentan al menos diez ediciones con la versión española, algunas publicadas poco después de su aparición en París en 1864 y que han seguido publicándose prácticamente hasta nuestros días. Contamos incluso, lo que no sería un detalle menor respecto al interés de la obra, con una edición de 2015, con traducción de Mauro Armiño y publicada por Ediciones Troa de Barcelona. Existen otras traducciones de obras de Erckmann-Chatrion, pero en este caso las ediciones son escasas y muy puntuales, y casi en todos los casos sin mención del traductor. Es, por ejemplo, el caso de *Historia de la Revolución Francesa contada por un aldeano* (*Histoire d'un paysan. Histoire de la Révolution française racontée par un paysan*) publicada por las Ediciones Gaspar de Madrid en 1881. Asimismo, existe una traducción española sin nombre de editor ni año de publicación de *Historia de un hombre del pueblo* (*Histoire d'un homme du peuple*), así como una traducción de 1883 de *Cuentos de las orillas del Rin* (*Contes des bords du Rhin*) publicada por el editor Luis Tasso y Serra de Barcelona, y de la que existe una edición reciente (Barcelona, Penguin, 2017). También en el siglo XXI existe una traducción de otra novela de Erckmann-Chatrion, igualmente sobre el tema recurrente de la epopeya imperial que

tanto atrajo la atención de los dos escritores loreneses, siempre mediante una aproximación que bascula entre la fascinación y el rechazo amargo por el dolor y los horrores que causan las guerras. Se trata de *Los veteranos del imperio*, adjetivada «novela romántica», publicada en Madrid en 1933 (con reediciones en 1940 y 1945) por la revista literaria *Novelas y Cuentos*. Lo que viene a poner de manifiesto que Erckmann y Chatrian tuvieron desde muy pronto una acogida nada despreciable tanto dentro como fuera de Francia.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ERCKMANN, Émile y Alexandre CHATRIAN. 1864. *Histoire d'un conscrit de 1813*, París, J. Hetzel.
- ERCKMANN, Émile y Alexandre CHATRIAN. 1921. *Historia de un quinto de 1813*. Traducción de Manuel Azaña, Madrid, Calpe.
- JULIÁ, Santos. 2008. *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus.
- LAFARGA, Francisco. 2018. «Cipriano Rivas Cherif: un escritor y un traductor eclipsados por el director de escena» en F. Lafarga (ed.), *Creación y traducción en España (1898-1936): protagonistas de una historia*, Kassel, Edition Reichenberger, 145-170.
- PICHOIS, Claude. 1979. *Le Romantisme II, 1843-1869*, París, Arthaud, 498 (*Littérature française*, XIII).
- PIERROT, Anne. 1984. «Erckmann-Chatrian» en J.-P. de Beaumarchais, D. Couty y A. Rey (dir.), *Dictionnaire des littératures de langue française*, París, Bordas, I, 763-764.
- ZARANDONA, Juan Miguel. 2018. «Los talentos desapercibidos de Manuel Azaña: introspección y curiosa unidad de su colección de obras de creación y traducción literaria» en F. Lafarga (ed.), *Creación y traducción en España (1898-1936): protagonistas de una historia*, Kassel, Edition Reichenberger, 355-369.